

Chapitre Général des Bernardines d'Esquermes

Al final del año 2007 enviamos invitaciones oficiales para el IV Encuentro Internacional de Laicos Cistercienses. Las Bernardinas de Esquermes aceptaron y Madre Josephine -Mary, Priora General, se comprometió a participar en el Encuentro de Huerta. Recibí, como representante francófona del Comité Internacional, una invitación de la casa general de las Bernardinas de Esquermes para ir a hablar del Encuentro de Huerta a Nuestra Sra. De la Plaine, cerca de Lille, con ocasión del Capítulo General de las Bernardinas.

Acepté en nombre del Comité Internacional, comprometiéndome en nombre del miembro francófono del Comité que resultara elegido en Huerta. Como fui elegida yo misma, hice honor a este compromiso.

Este intercambio da testimonio del vivo interés de las Bernardinas por el movimiento laico cisterciense. Un grupo de laicos camina adherido a Nuestra Sra. De la Plaine, el grupo de Flandres.

Hay que subrayar además la ayuda que estas hermanas han aportado al Encuentro Internacional con la presencia Sor Mary- Philippa que ha asumido durante el Encuentro el trabajo de traducción simultánea francés-inglés.

El encuentro

Llegué Lille el sábado 9 de agosto a las 13 horas. Fui acogida por Sor Marie-Josèphe, una de las tres hermanas acompañantes del grupo de Flandres junto con Sor Marie-Simone y Sor Marie-Christiane.

El primer contacto, sencillo, amigable, atento, me produjo un sentimiento íntimo de estar en familia. Desde entonces pude abandonarme a una paz interior muy necesaria, pero siempre muy difícil de percibir en medio del ajetreo de la vida cotidiana.

Desde mi llegada, fui presentada a Sister Mary- Helen, la nueva Priora General, recientemente elegida por sus hermanas por una duración de seis años, de origen inglés.

Pude aprovechar esa tarde de tranquilidad para descubrir mejor la historia de nuestras hermanas Bernardinas. No la conocía. Mi pequeña experiencia marcada más bien por la familia trapense me dejó un poco perpleja al saber que auténticas cistercienses formaban escuela. Y después he conocido su historia de "mujeres fuertes del evangelio", según el término que me atrevo a emplear.

Comprometidas en la vida religiosa cisterciense desde 1799, después de los tormentos de la Revolución, tuvieron necesidad de una actividad en la enseñanza. A lo largo del siglo XIX, sometidas a otra regla diferente que la de San Benito, por voluntad de un sacerdote que quiso hacer de ellas una congregación apostólica, animado por el obispo del lugar, ellas vivieron su fidelidad cisterciense en secreto. Sus llamadas incesantes a Roma para verse reconocidas cistercienses no dieron resultado hasta la mitad del siglo XX.

Esta fidelidad me ha llegado al corazón; todos los signos de esta independencia, entrañablemente adquirida, no han dejado de habitarme a lo largo de mi estancia y desde entonces hasta hoy.

Previendo su expulsión a comienzos del siglo XX, fundaron en Inglaterra, en Bélgica y desde allí en el Congo, en Japón y en Burkina Faso.

El domingo por la mañana, después de la misa celebrada en la bellísima iglesia recién construida, fui acogida por las hermanas capitulares. Los monasterios habían enviado delegadas y la asistencia reagrupaba a una treintena de hermanas aproximadamente.. Estaba presente una representante de la Orden Cisteciense, Madre Hildegarde de Mariastern (Austria); Dom Guillaume y Madre Inés de OCSO, habían sido recibidos la víspera por el Capítulo. Sus intervenciones habían sido muy apreciadas.

Ante tal asistencia, frente a una "calidad cisterciense" semejante, no tuve miedo. Mi pequeñez incluso me ayuda, fuerte únicamente por todo lo que ya he recibido, en N.D. du Désert, en el seno del Comité Internacional, y durante las jornadas de Huerta.

Por eso mi presentación del movimiento laico cisterciense fue el relato de una experiencia, de mi experiencia. Incluso si yo hubiese querido hacer una exposición muy elaborada, no hubiera tenido tiempo desde el regreso de Huerta, por eso yo decidí hablar sin notas, abrir verdaderamente mi corazón y mi memoria.

Madre Josephine-Mary, Sor Marie-Josèphe, Sor Mary- Philippa —las tres presentes en Huerta- formaban parte de los asistentes. Madre Josephine-Mary intervino para decir hasta que punto ella había percibido en los laicos el deseo de vivir auténticamente los valores monásticos como la alabanza de Dios, la ayuda fraterna y la estabilidad en el compromiso.

Las hermanas estaban muy atentas; el intercambio duró una hora y media. Una hermana habla de un verdadero Pentecostés, varias subrayan la acción del Espíritu Santo. Una de ellas habla de verdadero semillero para fecundar el mundo.

El domingo por la tarde fue el momento de encuentro con los miembros del grupo de Flandres presentes en este tiempo de vacaciones, acompañados de Sor Marie-Simone y Sor Marie-Christiane. Leemos, o mejor, releemos los documentos de Huerta, ocasión para subrayar la autonomía de cada comunidad laica. Conviene precisar la total ausencia de autoridad del Comité Internacional en la vida interna de cada comunidad, de intercambiar a propósito del documento "lazos de caridad que nos unen", de la asociación ad experimentum decidida en Huerta. Intercambios muy directos, libres, atreviéndose a abordar las diferencias de percepción de unos y otros, perfectamente legítimas en la medida en que no turben la comunión que nos une y que es lo esencial.

Debo añadir que esta comunión, yo la he sentido y que he sido particularmente feliz en estos diálogos.

Después de Vísperas, sor Marie-Simone y yo misma, prolongamos este encuentro con un diálogo que me iluminó todavía más sobre la belleza de nuestras hermanas.

La cena, tomada en autoservicio, dejó la posibilidad de hablar. Tuve la suerte de encontrar a las hermanas del Congo y de Burkina. "Alucinación" no es una palabra vana para describir lo que sentí ante tanto valor y tanta fe.

El lunes por la mañana, el tiempo libre dio ocasión a nuevos intercambios, particularmente con Sor Benedicte de San Bernard del Touvet y Sor Marie-Josephe.

Los ecos que me llegan son bastante unánimes. El movimiento de laicos cisterciense es acogido como un signo de los tiempos, que debemos aprender a leer para responder al deseo de Dios. Estoy conmovida al escuchar varias veces y con una gran riqueza de expresión: "¡vosotros los laicos nos enviáis a nuestra vocación!, tenemos ganas de vivir mejor todavía nuestra espiritualidad cisterciense". Veo aquí como una confirmación del regalo extraordinario de amistad que se nos está ofreciendo a todos y en el cual uno ya no sabe quien da y quien recibe.

Acompañada a la estación por Sor Cecile Marie, de la comunidad de La Plaine, tuve todavía tiempo de saborear algunos intercambios sobre nuestros lazos cistercienses antes de subir al TGV (el AVE) y más allá a la vida cotidiana.